

Contemplada desde la nave central, la impresión hubiera sido colmada, como se le hubieran unido los calados de la ventana de encima la puerta y los de la baranda preciosa que allí garante el ándito de encima las capillas.

En las naves laterales, el espacio comprendido entre los contrafuertes que corresponden á los pilares encierra dos capillas de elegante bóveda interior y alta ojiva en su ingreso: esa línea de arcos apuntados que circuye todo el templo hasta un tercio de su altura, disminuye á la vista la parte sólida de las paredes, y hermanándose con las restantes ojivas apóyalas en los lados para preparar y completar su efecto. Al fondo de cada capilla se abre una ventana estrecha y alta, hoy tapiada en casi todas ú oculta detrás de los altares churriguerescos ó del insípido gusto académico: delirio inconcebible de los que no supieron ver que la primorosa ábside proligonal formada por la bóveda de cada capilla, no reclamaba sino el ara y un retablo modesto y muy bajo (a). Encima de las capillas corre un ándito por medio de una abertura ó puerta practicada en lo sólido del estribo que corresponde á los pilares y resiste el empuje de las arcadas transversales. Esto da lugar á que arriba se forme otra bóveda aunque pequeña; y compareciendo retirado el muro exterior que cierra los lados de la iglesia entre cada dos estribos, resalta más brillante la alta y rasgada ventana ojival que aligera el centro de aquella masa. Pero este ándito no llega sino hasta las dos puertas laterales: en la curva del presbiterio el muro exterior se levanta inmediatamente sobre la ojiva de las capillas. El efecto de esto es doble: primeramente las naves ó el cuerpo de la iglesia aparecen en el plan más anchas; después las capillas del ábside resaltando afuera, ocasionan una combinación bella, característica de esa arquitectura y de esa parte de las

(a) Modernamente, para corregir estos defectos van modificándose los pesados altares barrocos, quitándoles todos los accesorios posibles á fin de dejar descubierto el ábside de las capillas, ó son sustituidos por otros de estilo más apropiado á la arquitectura del templo.

fábricas. Parecen trazar una corona en torno del presbiterio, ó son como los rayos que del centro de esa corona se difunden á todas partes.

Así se forma aquel exterior del ábside que es un modelo perfecto de principios del siglo XIII y describiremos en su lugar: el examen del interior demuestra con claridad cuál haya de ser la construcción de afuera; y puesto que de la forma general venimos á explanar nuestras observaciones sobre las partes dominantes, también podemos pedir al mismo interior del presbiterio la demostración de la idea de toda la fábrica y su efecto más poderoso. El semicírculo formado por los diez pilares prolongase en recta á entrambos lados. Los dos pilares primeros son un tanto menos gruesos que los de las naves, y ya tienen base distinta y más alta y mucho menos intercolumnio; bien que lo mismo que ellos apean transversalmente una arcada ojival que parte término entre la nave mayor y el presbiterio. Los ocho restantes, los cuales trazan el semicírculo entero, son más delgados, y aun estrechan más el intercolumnio que es allí de escasa abertura; y como el suelo del presbiterio está levantado de algunos palmos, asimismo sus bases se apoyan sobre un alto zócalo corrido al nivel de aquel piso. ¡Con qué airosoidad cargan sobre él aquellos delgados fustes que componen un templete suntuoso! ¡Qué efecto el de tantas columnas elevadas y ligeras, agrupadas en tan corto espacio y trazando aquella magnífica curva! ¡Y cómo este efecto crece cuando estas masas, ya ligeras de suyo, acaban de perder todo aspecto de solidez por medio de los boceles y profundas estrías que las sulcan y las presentan cual obras cinceladas! Los ojos siguen la dirección resuelta de esas bien perfiladas molduras cilíndricas y angulosas; y arriba, donde correspondería el arranque del arco semicircular, sobre el capitel continúan las líneas rectas, y la curva no se tiende hasta que se halla su exacta proporción sobre tan estrecho intercolumnio.

Así también las fábricas árabes solieron prolongar en línea vertical sobre los capiteles los arranques de las arcadas, que á

favor de esta combinación tomaron un vuelo ligerísimo y osado. Parece que el arquitecto trazó en su mente el semicírculo completo, y cual si manejase un cuerpo flexible, no alteró el segmento central, sino que con entrambas manos doblegó los lados restantes y los forzó á aproximarse en líneas rectas paralelas. Ello es que la curva que trazan estas arcadas no forma sino un segmento del semicírculo; y con tales proporciones cruza del uno al otro pilar, que la imaginación adivina su dirección y se figura el semicírculo completo que le correspondería. Esta combinación está ejecutada con tacto tan exquisito, que el vuelo del espíritu se remonta con placer á esas estrechas y raras arcadas, cuyo sólido se disfraza igualmente con boceles numerosos. Ese grupo de arcos es sin disputa la parte del templo que más cautiva la atención. Bien es verdad que la disposición del resto del ábside es la más propia para secundar su efecto: de los capiteles arrancan hacia el interior del presbiterio mitades de ojiva ó grandes curvas, muy salientes y cubiertas de molduras como las de la nave mayor; ascienden espesas y apiñadas á reunirse en una clave común, y presentan á la vista un espléndido grupo de lineamientos que con indecible gracia y pompa desde un mismo centro alrededor se desparraman. El cuarto de esfera ó la concha bizantina jamás produjo el efecto aéreo de semejante agrupamiento: dijérase que una mano concentra en la clave todos los hilos de aquella magnífica obra y los envía á irradiar en torno, á entretenerse en formas riquísimas, y á engendrar cada cual una parte muy destacada é independiente de la construcción general. El sólido de la bóveda, siguiendo la dirección de esas curvas ó grandes aristas, forma sobre cada una de ellas dos lados en declive, los cuales en cada luneto ó compartición se reúnen en ángulo. Así desde encima de los arcos que unen los pilares hasta aquel sólido de la bóveda, queda un lienzo de muro, que el artífice disminuyó primero con la galería que dijimos corre al rededor de toda la nave central, y luego con los rosetones que también en el resto de ella continúan. Pero una y

otros cobran aquí cierto encanto que en vano se busca en las demás partes: la galería, interrumpida á trechos tan cortos por las curvas de la bóveda, tiene semejanza de airovas ventanas y acaba de introducir variedad en tanta riqueza de líneas; los rosetones, que en la nave se abren cada uno en el ancho lienzo de pared comprendido dentro de cada arcada longitudinal, aquí vienen apiñados, armonizados con las curvas que á sus lados se tienden, marcando con claridad el remate de cada compartición ó luneto de bóveda de la cual parecen nacer, semejantes á otras tantas encendidas rosas que ensanchan sus pintados cálices en el extremo de los ramos que las engendran. El segundo semicírculo ó ábside donde las naves laterales se reúnen detrás del presbiterio, completa este efecto: las capillas vacían lo macizo del muro exterior; las altas y esbeltísimas ventanas quitan toda pesadez al resto de la pared que carga inmediatamente sobre las capillas; y arriba las arcadas ojivales, correspondiendo á las curvas que en el ábside del presbiterio parten de la clave central, suben agudas y espesas á marcar y continuar aquella bellísima irradiación. Es esta la porción mas completa del templo, como edificada durante el mejor período de la arquitectura cristiana y el mayor vigor de la fe. En medio de las delgadísimas columnitas y calados que dividen su abertura, todas sus ventanas hacen ostentación de vidrieras pintadas brillantísimas, y de un color el más armonioso cual pueda haberlas creado el arte gótico. Parece que los estribos, que desde el pavimento suben á separar á ellas y á las capillas, no son sino el marco de esas ricas vidrieras que trepan toda la pared y la convierten en un gran cuerpo vaciado en todo aquel ábside. La luz, que sin las vidrieras inundaría clarísima el interior, entra ahora templada y con mil visos y reflejos, bastante á que se distinga bien cuánto en el presbiterio se practica, mas sin que ni un solo rayo del sol pueda robar al edificio el misterio de sus formas (a). Mien-

(a) Á medida que se va practicando paulatinamente la restauración de la

tras esa línea de ventanas resplandecientes chispea con tantos matices encima de las capillas, éstas quedan abajo un tanto sombreadas; y la luz bajando á iluminar el presbiterio, tiene que atravesar los intercolumnios de aquel denso semicírculo de pilares á los cuales circunda como una gasa inmensa. De este modo los pilares destacan más perfilados y enérgicos desde la nave central, y el conjunto del ábside álzase en el testero de la iglesia como un gran dosel aéreo, abierto é iluminado por todas partes, digno de cobijar el ara donde se ofrece el sacrificio divino (1). Hasta los rosetones contribuyen á este efecto sublime; colocados en lo alto y debajo de la ojiva que cada compartición de la bóveda forma, su luz baja oblicuamente á herir los ojos del que está en la nave; y cuánto mas vivo es su reflejo, que á veces se dibuja en el pavimento pisado por los fieles, tanto más suave y místico es el velo vaporoso en que envuelven las formas que no iluminan de lleno por tenerlas inmediatamente debajo, esto es, los pilares, las arcadas y la galería. Otras catedrales vencen á esta en la riqueza de los detalles; sus bóvedas y sus ábsides se atavían con toda la magnificencia de los colgadizos; sus galerías se multiplican; las estatuas realzan los pilares, y los doseletes con pináculo se sostienen como en el aire; mas dudamos que ninguna venza á la de Barcelona en la combinación de su ábside, en esa pureza, magnificencia y unidad de lineamientos, en esas proporciones tan delicadas y armoniosas,

catedral, se han ido colocando nuevas vidrieras en los ventanales que estaban tapiados. Como autores de los dibujos de las mismas podemos citar á los arquitectos D. José O. Mestres y D. Augusto Font, y al pintor D. Agustín Rigalt, quien ha ideado las de los dos grandiosos ventanales del ábside más próximos á las puertas laterales, que producen excelente efecto. Todas han sido trabajadas en los talleres de D. Eudaldo Ramón Amigó.

(1) Por esto sería de desear que se quitasen los damascos que tapizan el presbiterio y cierran los intercolumnios: esta parte de los edificios góticos es la que menos adornos necesita; y particularmente en la catedral de Barcelona su mayor ornamentación posible consiste en su misma forma. Ya por esto el altar se labró calado y pequeño, para que no embarazase esta forma y los contrastes de luz y sombra también en él apareciesen enérgicos. Las catedrales de la verdadera arquitectura ojival, nacieron de lo más puro de la fe: por esto su contextura está dispuesta de modo que satisface todas las necesidades del culto.

en ese efecto de luz y sombra que añade no se qué prestigio y como una aureola dorada al lugar donde se inmola el cordero sin mancilla. Este recinto no sólo es la porción mas completa del edificio; además contiene el germen de toda su idea, el principio en que ha de estribar el pensamiento general de la obra.

Tres hermosas y complicadísimas arañas de cobre elévanse en línea recta hasta el altar: al verlas, dijérase que son obra del siglo xv, de lo mejor que cincelaron aquellos artífices; tanta es la profusión de sus adornos y prolijidad y minuciosidad de sus labores, que no se puede juzgar de su mérito y efecto sino subiendo hasta su altura para gozarlos de cerca. Y no obstante hízolas en 1784 y 85 *Francisco Durán*, vecino de Barcelona(a). Extraño es por cierto y digno de alabanza que en nuestros tiempos se haya construído para un edificio gótico un adorno gótico también; y ojalá que en otras ocasiones y circunstancias otros cabildos y otros artistas hubiesen procedido de la misma manera.

Las dos lindas rejas del presbiterio levántanse góticas y esbeltas, y en medio de ellas vese la parte superior de la entrada á la capilla subterránea de Santa Eulalia. Bosquéjase detrás el altar mayor, y á la izquierda, por el lado del órgano divísanse algunas de las capillas que guarnecen la curva donde se reúnen las dos naves laterales detrás del presbiterio.

Y si descendiendo de nuestro punto de observación,—de cerca la silla del obispo,—nos encaminamos hacia la capilla de Santa Eulalia; al levantar la vista, se nos aparecen siete caladas cúspides, digno remate del magnífico y acabado altar mayor. ¡Cuánta delicadeza, cuánto primor en sus labores! Aquellas esbeltas puntas parece que se sostienen en el aire, como si fuesen una misteriosa y espiritual corona del tabernáculo. ¿Quién construyó este altar?—He aquí otra de las muchas dificultades

(a) Siete son en conjunto las arañas de bronce que trabajó Francisco Durán.

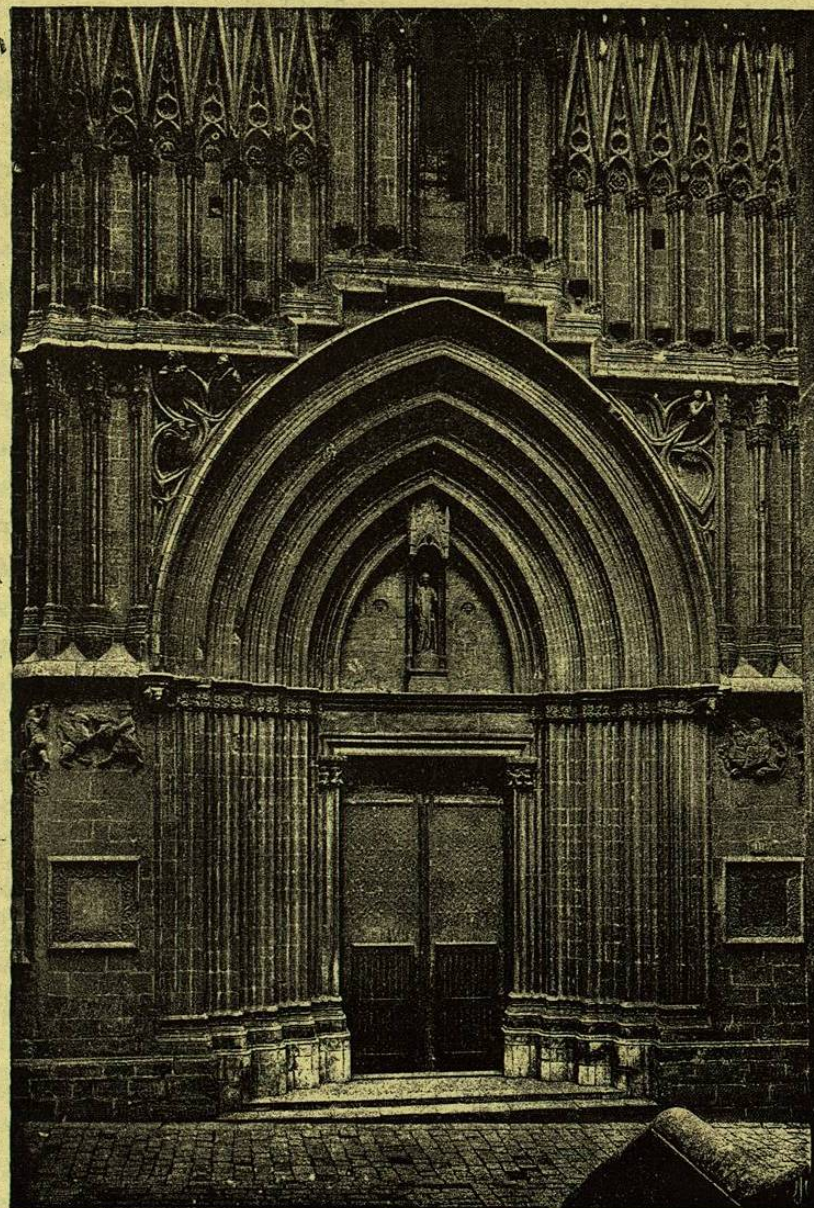
que el descuido ó quizá la modestia y buena fe de nuestros antepasados no nos permiten orillar. Los antiguos dietarios y memorias sólo conservan la época en que se hizo y el nombre del Obispo D. Juan Dimas Loris que lo pagó, cuyas armas vense á uno y otro de sus lados. Empezóse por Agosto de 1593, descubrióse á 3 de Mayo de 1596, concluído ya y dorado, y consagróse á 5 de Setiembre de 1599.

Dijimos que la modestia ó buena fe de nuestros antepasados tal vez era uno de los motivos por que ignoramos hoy día los nombres de los eminentes autores de muchas obras de aquellos tiempos. Y efectivamente confirmase esta suposición al observar que, desde el Renacimiento hasta nuestros días, toda obra, todo cuadro, toda imagen, ora sea original, ora copia, confusa imitación, ya griega, ya romana, ya romano-griega, pura ó barroca, contiene el nombre de su autor, si es que no se halla celebrado en cartas, juicios críticos y producciones literarias de su época. No se crea que no aprobemos esta costumbre, á la cual debemos la aclaración de muchas cuestiones ó dudas artísticas; pero ¿por qué ha de constar, por ejemplo, que á principios del siglo XVII *Gaspar Bruell* hizo las dos columnas que sostienen dos ángeles, delante del altar mayor (1) (a), y quedar quizás para siempre sepultado en olvido el distinguido artífice que hizo este, que dió á la palma aquella forma sagrada y primorosa? Creemos que todo el que sepa concebir y disfrutar el efecto, lo aéreo, la religiosidad de tan bella obra, sentirá con nosotros no poder llamar por su nombre al bueno y piadoso artista que la esculpió.

Es tanta la ligereza de aquellas puntas, tanta la limpieza con que brillan entre las columnas del ábside, que parece que apenas impiden distinguir los objetos colocados detrás, al extremo de esta. Sus sutiles calados déjense fácil y amorosamente

(1) Manual del Cabildo de 1609 á 1613.

(a) Hace tiempo que se quitaron estas columnas.



CATEDRAL. — PUERTA DE SAN IVO

atravesar por la luz que suave y debilitada baja de las tres redondas y elevadas ventanas que, colocadas en el remate de la iglesia, están espiando el ancho portal situado á su frente al otro extremo.

Debajo del presbiterio numerosas y ricas lámparas arden continuamente delante del sepulcro de Santa Eulalia. Bájase á su capilla por veinte gradas hasta el frontis, donde está la reja, y pasada esta encuéntrase otras cinco. Íbase edificando en 1334 por Jaime Fabrè, entonces arquitecto de la Iglesia, y el autor de la de Dominicos de Palma de Mallorca dejó en ella huellas duraderas de su gusto é ingenio. Algo más elevado que el piso vese á uno y otro lado una especie de coro, al paso que sigue toda la pared una especie de tribuna labrada en el grueso de los muros. Los restos de la Virgen y Mártir Barcelonesa yacen en una urna ó arca de alabastro, por todas partes trabajada en medios relieves (1). En su extremo que mira hacia la epístola figuran estos la Santa espirando en la cruz; y en el otro de la parte del evangelio vésela cuando sola, guiada por su virtud y

(1) Para no interrumpir la relación del local, dejamos para después la de las traslaciones de la Santa; pero con todo debemos llamar la atención sobre el sepulcro ó cenotafio de mármol blanco que está en el segundo luneto de la bóveda, á la derecha del que baja. En el centro de su cubierta vese un agujero redondo con tapón de piedra, y anillo de hierro. Ya la forma de la urna indica ser de los primitivos siglos de la Iglesia, lo que acaba de confirmar el agujero de la cubierta por la siguiente razón. En aquellos siglos no se solía conceder reliquias ni aun tocarlas, sino que al que las pedía se le daban ciertos velos ó cintas que, metidas antes por el agujero y puestas en contacto con los huesos santos, suponíase adquirían su virtud. Duró esta costumbre hasta el siglo VII y principios del VIII, principalmente hasta que los Longobardos, en tiempo de Aistulfo su penúltimo rey, siendo papa Esteban III, saquearon á Roma, y como en aquella ocasión quedaron desolados y sin custodia los lugares sagrados, empezaron á repartirse y trasladarse las reliquias. Pero todas esas suposiciones viéronse confirmadas por la diligencia del Sr. Caresmar, que fué quien descubrió aquella urna, declarándola además, de un modo positivo, antiguo y primitivo sepulcro de los restos de Santa Eulalia, que encontró el Obispo Frodoino en Santa María de las Arenas ó del Mar. En efecto, por la inscripción de la rota piedra de mármol blanco que dicho Señor halló detrás de la urna se deduce que: *Allí descansaba Santa Eulalia Mártir en Cristo, que padeció martirio en Barcelona, siendo prefecto Daciano, á II de los idus de Febrero... Descubrióla el Obispo Frodoino con su clero en la iglesia de Santa Maria.* — Véase Flórez, *España sagrada*, tomo *Barcelona* (a).

(a) Esta lápida se halla hoy día en el Museo de Santa Águeda.

animada por la pura llama que siente en su corazón, parte en busca del martirio. Tres particiones dividen el lado que sirve de frontis: en la primera la animosa doncella cristiana reprehende al orgulloso Prefecto, en la segunda sufre resignada los azotes, y en la tercera, colgada en la cruz, los verdugos rasgan sus virginales carnes. Asimismo el lado que forma la espalda está repartido en tres cuadros: en el primero Frodoino, el clero y el pueblo buscan el cuerpo de la Santa, en el segundo lo llevan en procesión, y en el tercero lo colocan en el templo. La cubierta consta de cuatro planos inclinados; en el de delante figúrase la segunda traslación del santo cuerpo, en el de la espalda los ángeles elevan su alma al cielo, y una inscripción sepulcral, demasiado larga para este lugar y que contiene circunstancias que explicaremos después, corre los cuatro ángulos de la cubierta y de la base (a).

Sostienen el arca ocho columnas de hermoso mármol jaspeado, con capiteles en apariencia corintios; pero casi todas son desiguales en altura, sin base, y salomónicas. Sólo dos tienen por zócalo ó pedestal algunos fragmentos muy antiguos; de modo que, al ver la desproporción de las demás, cualquiera conocerá que no se hicieron á propósito para aquel lugar, sino que, habiendo pertenecido á algún edificio antiguo, tuvieron que cortarlas después para acomodarlas á la altura que les convenía. La variedad de sus detalles, su forma y su trabajo los califican de bizantinos, quizás ruinas de la catedral antigua.

Al salir de esta capilla subterránea, al sentar el pié en el último escalón, la iglesia despliega ante nosotros tal vez uno de sus cuadros más ricos. ¡Bella propiedad y naturaleza de las fábricas de aquellos tiempos, la de revelar sus formas internas con lentitud y misterio, dejándose gozar por partes y ofreciendo en cada goce nuevos y ocultos atractivos! Después de visto una

(a) La urna se debe á un distinguido escultor pisano, á quien se cita ya con encomio como autor de otras varias en la misma Catedral, y entre ellas este sarcófago en 1327.